

MITO Y TEOLOGÍA EN *EL DIVINO NARCISO* DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

EL AUTO SACRAMENTAL de sor Juana intitulado *El Divino Narciso* se considera como una obra maestra de la escuela calderoniana. Literariamente, concedemos que sor Juana merece ser considerada como una discípula del gran comediógrafo del auto; en cambio, en cuanto a la problemática doctrinal, nos parece imposible la filiación ya que la doctora de México se aparta decididamente del fondo común de ideas no sólo de la Compañía, sino también de la tradición teológica de las escuelas.¹

Precisamente *El Divino Narciso* nos ofrece una muestra del proceso de reducción sufrido por la especulación teológica —en este caso: la teología del Verbo encarnado— en pleno barroco, cuando se convierte la ciencia de Dios en gnosis metafísico-poética. Esta reducción se percibe claramente en el auto de sor Juana; pero el temperamento de Calderón era muy ajeno a nada parecido.

El mero hecho de que Calderón después de escribir su comedia *Eco y Narciso* no se valió de ella para alegorizarla en un auto sacramental nos llama la atención; creemos que si Calderón no alegorizó el mito de Narciso, fue porque se dio perfectamente cuenta de que la asimilación de Cristo y de Narciso resultaba nada menos que disparatada ideológica y sentimentalmente. En cambio sor Juana, acercando peligrosamente el mito y la teología, no vaciló en tentar la alegorización. Éste es el aspecto de la obrita que nosotros quisiéramos recalcar: *El Divino Narciso* representa un gran momento de la historia de la cultura barroca, no tanto por ser un caso valioso de trasplante de las formas estéticas españolas al Nuevo Mundo, ni tampoco porque en él “campea —según expresión de Karl Vossler— toda la erótica intelectual femenina de un gran temperamento literario”; sino porque en él se puede observar a las claras el proceso barroco de mitificación de la mística cristiana, o sea la metamorfosis casi inconsciente de la teología en una gnosis metafísico-poética.

¹ Sor Juana ha tenido muy en cuenta la comedia de Calderón *Eco y Narciso*. Progresiva la misma doctrina que el autor del *Verdadero Dios Pan* acerca de la prefiguración de las verdades cristianas en los mitos paganos (véase *Loa* para este Auto, pp. 261-307).

Podemos notar el indefectible poder de atracción ejercido por la figura de Narciso en una familia de espíritusmentes poéticas tocadas por la mistagogía platónico-espiritualista, y también evidenciar la similitud de la moralización del mito de Narciso en sus escritos. Desde los poetas del Renacimiento, como un Francisco de Aldana, hasta los de hoy día —Antonio Machado, J. R. Jiménez y Paul Valéry... pasando por sor Juana.²

Queremos citar aquí unas líneas de Valéry que nos podrán servir para entender el proceso de la mitificación de la teología del Verbo encarnado operada por sor Juana. En efecto, nadie mejor que Valéry intuyó el alcance idealista del mito de Narciso:

Le narcissisme, escribe, c'est la confrontation de l'Homme tel qu'il se perçoit lui-même-c'est-à-dire e tant que connaissance générale et universelle, puisque sa conscience épouse tous les objets —avec son image d'être défini et particulier, restreint à un temps, à un visage, à une race et à une foule de conditions actuelles ou potentielles. C'est, en quelque sorte, l'opposition d'un tout à l'une de ses parties et l'espèce de tragédie qui résulte de cette union inconcevable.³

Es evidente que la unión del pensamiento y de la carne en el ser humano aparece escandalosa al metafísico esencialista —como aquí Valéry— que define al hombre como Hombre —o sea por su mera esencia.

² Cuando Aldana describe la vocación contemplativa del alma humana, dice (*Epístola VI*, vv. 424-432):

y, como si no hubiera acá nacido,
estarme allá, cual Eco, replicando
al dulce son de Dios, del alma oído.
Y ¿qué debiera ser, bien contemplando,
el alma sino un eco resonante
a la eterna Beldad que está llamando
y, desde el cavernoso y vacilante
cuerpo, volver mis réplicas de amores
al sobrecelestial Narciso amante...?

En sus *Conversaciones con Juan Ramón* (Madrid, 1958, p. 121), R. Gullón recoge estas líneas (diciembre 1952): "Es falso eso de que el mito de Narciso tiene una significación sexual. Cuando Narciso se inclina sobre la fuente no está buscando su imagen. Narciso es el hombre que se encuentra con la naturaleza. Es el gran mito del creador que desea metamorfosearse en la naturaleza, convertirse en naturaleza. En la doctrina cristiana encontramos que Dios crea al hombre a su imagen y semejanza: narcisismo. El misterio de la Trinidad es narcisista, porque reúne en un mismo ser y al mismo tiempo al amor, al amante y al amado. Así lo he visto interpretado en un poema indio..." (¿Quién no pensara que en sor Juana?).

³ Frédéric Lefèbvre, *Entretiens avec Paul Valéry* (1926).

Su afán de conocimiento le lleva invenciblemente a querer desposarse con su "imagen de ser definido" —o sea suprimir la *contradicción* entre su esencia y su existencia, transformando su imagen en su propio reflejo. De tal modo que es connatural al *eros metafísico* del hombre que se define como Hombre el narcisismo. Si se da el caso de que este metafísico sea al mismo tiempo poeta, la práctica poética —elevanto a la categoría de mito del alma del poeta toda realidad sensible— hace casi irresistible la tentación narcisista del intelecto.⁴

En sor Juana precisamente hallamos esta conjunción del *eros* especulativo y del instinto poético. Podemos recordar también su predilección por la especulación sobre las perfecciones divinas y especialmente la huella, en sus escritos, del tema típicamente neoplatónico de la visión intuitiva del alma por sí misma.⁵ Este tema es inseparable del tema narcisista, ya que parece menos excepcional que la visión intuitiva el que el alma pueda lograr conocerse a sí misma dentro de la carne.

Este narcisismo metafísico-poético se expresa en el auto de sor Juana. Ciertamente que el intento apologético de nuestra monja era equiparar el *teocualo* —el rito azteca de la comunión con el gran dios de las semillas— con la metamorfosis de Narciso en flor blanca —figura de Cristo alimento de los hombres en la Eucaristía. Pero el fundamento doctrinal de su obra hay que buscarlo en su ingeniosa proyección de su narcisismo metafísico-poético en el alma misma de Cristo, Dios-Hombre. Más aún, sor Juana se remonta hasta el misterio de la Trinidad divina y es allí donde encuentra el fundamento último de su mitificación del Redentor.

El personaje de Cristo en el auto de sor Juana se define a la letra como Divino Narciso o sea como el mismo Dios hecho hombre y llevado a morir por amor a su imagen en el Hombre. Todo el misterio del amor de Cristo se explica por el narcisismo divinizado en la persona de Cristo porque sor Juana, al modo de Valéry, reduce el misterio de la persona de Cristo a la unión inconcebible y trágica, en el mismo sujeto, del Pensamiento Divino —el Verbo de Dios— y de la naturaleza humana.

La unión en la persona de Cristo de la naturaleza divina y de la

⁴ Véase sobre este punto el análisis de J. Maritain en *Les degrés du savoir*, París, 1932, pp. 4 y 14-15.

⁵ *Sueño*, vv. 292-296. Durante el sueño el alma humana lograría tener la visión intuitiva de su propia *esencia bella*, o sea la visión del mismo espíritu en sí mismo, "centella participada de Dios".

naturaleza humana —unión hipostática, según el lenguaje de los teólogos— origina una especie de trágica fascinación del mismo Verbo divino por su hermosura humana. Parecía lógico. ¿Quién más que Cristo —la misma Inteligencia encarnada— podía experimentar la (supuesta) trágica conciencia de sí mismo, propia del hombre, inteligencia prisionera de la carne?

En el seno de la Trinidad, el Verbo de Dios, dice sor Juana:

Viendo en el Hombre Su imagen
Se enamoró de Sí mismo,
Su propia similitud
fue Su amoroso atractivo (vv. 2109-2112).

El narcisismo de Cristo se origina pues en el seno de la Trinidad. Es el narcisismo del mismo Verbo divino. Cuando el Verbo encarna, es porque se enamora de su propio reflejo:

de ver el reflejo hermoso
de Su esplendor peregrino (vv. 2107-2108).

Quando Cristo muere es porque, en él, el Verbo divino no puede resistir la fascinación de su Divina Humanidad. El amor que mata a Cristo es el egotismo trascendental del Verbo:

“porque sólo Dios, de Dios
pudo ser objeto digno” (vv. 2113-2114).
“Muerte Le dió Su amor;
que de ninguna suerte
pudiera, sino sólo
su propio amor, vencerle (vv. 1839-1842).

La fascinación narcisista lo explica todo en Cristo, desde el misterio de la divina encarnación,⁶ hasta el misterio de la Cruz:

De mirar Su retrato
enamorado muere.

Pero todo esto no tiene nada que ver con una auténtica teología del Verbo encarnado, o sea con el misterio de la persona de Cristo y de su

⁶ Eco no se equivoca cuando sitúa en el mismo seno de la Trinidad la fuente del deseo narcisista. Del Verbo dice: “Su imagen que mira en ella (= en la ninfa Naturaleza Humana) / obligará a Su Deidad / a que se incline a quererla” (vv. 460-462).

amor redentor. Más bien la asimilación del amor redentor a un amor narcisista divinizado es escandalosa para la devoción bien entendida del cristiano y disparatada para la recta verdad teológica.

Sor Juana cometió el error antropomórfico radical que consiste en asimilar el mito humano a la realidad divina. No supo considerar en el amor divino su misterio, el cual consiste, frente al amor humano, en producir su objeto amando. Lejos de amar algo que ya es, el amor de Dios da el ser a lo que ama, sacándolo de la nada. Esto significa el crear de Dios "a su imagen y semejanza".

Tratándose de Dios, la "imagen" nunca preexiste al acto de amar: de tal modo que es de todo punto imposible e impensable un *narcisismo* divino.

La teología no proporciona ningún fundamento a la alegorización del mito de Narciso emprendida por nuestra monja. Al contrario, nos permite medir el abismo que media entre el misterio divino y la absurda gnosis metafísico-poética que la deslumbró.

Es de suponer que en su intensa devoción hacia la hermosura de la Humanidad santa de Cristo, proyectaba sor Juana mucho de su propio narcisismo intelectual. El auto del *Divino Narciso* constituye en este sentido un valiosísimo testimonio.⁷ Pero volvemos a repetir que el caso de sor Juana es ejemplar. En ella se ve cómo la teología se sustituye por una gnosis renovada del neoplatonismo renacentista. (El mismo proceso se observa fuera del Nuevo Mundo, ya que la aparición del auto de Sor Juana coincide con la plenitud de la ola *quietista* en la península.) En ella se ve también cómo la devoción cristiana, en ruptura con una auténtica ciencia divina, se descompone en una sentimentalidad neurótica muy *mal du siècle*, típica de las corrientes *espiritualistas* de toda laya que irrigan desde hace tres siglos los campos de nuestra poesía occidental. En una palabra, concluiremos diciendo que para nosotros el auto de sor Juana constituye una preciosa muestra en esta *reducción mítica* de la teología espiritual cristiana propia del Barroco.

JEAN KRYNEN

Universidad de Toulouse.

⁷ Véase también: *Ejercicios de la encarnación*, Respuestas a sor Filotea y a sor Filomena.